LA NATURALEZA Y DIOS EN J. W. GOETHE

Fritz-Joachin von Rintelen Universidad de Maguncia, Alemania.

La más honda vivencia que acompaña a Goethe a través de toda su vida es su vinculación y proximidad a la naturaleza. Desde el "Werther" nos habla su fogosidad juvenil en la posesión y unidad con la naturaleza dada por Dios. Más tarde Goethe ve más profundamente en la fluctuación y propulsión, la eterna ley, lo ideal, dinámico, el espíritu divino. "Naturaleza y espíritu se encuentran (aquí) en lo oculto". (1) Es naturaleza mientras sea "dirigida" desde lo alto y lo bajo por un espíritu eterno y deje tras de sí su contradictoria abisalidad. Se tiene aquí la impresión como si desde un más elevado polo espiritual del ser las tensiones opuestas fueran superadas y ordenadas en la naturaleza una. Para captarlo, no debemos volvernos hacia la naturaleza muerta, hecha, endurecida, sino amistarnos con la viviente. Ahí reside la tendencia hacia lo divino y nuestra razón descubre en ello el prodigioso parentesco con los objetos singulares en la naturaleza. (2).

Se le revela así a Goethe el pensamiento de una naturaleza en todo semejante a Dios y al hombre, tanto en lo más pequeño como en lo más grande. En ella operan y se evidencian las fuerzas hacedoras de la natura creatrix. No es una ciega amorfidad, sino una potencia ordenadora superadora de la "naturaleza incandescente". Así encontramos, "en todos los elementos, la presencia de Dios" como espíritu hecho naturaleza. (3) En contraste con nuestros días, aparece en Goethe aún la convicción de que el espíritu, merced a su palabra, es un poder. Con el más gran amor y ternura confía Goethe tanto en la originalidad como en la voluntad de la naturaleza, enfrentándola con piadosa veneración. Spranger habla por eso de una devoción cósmica de Goethe, formulación con la que podemos asentir plenamente siempre que la palabra cosmos mantenga una comprehensión suficientemente amplia y elevada.

La naturaleza divina, en lo singular, se amplía en un todo intensivo y extensivo, como una integridad de lozanía siempre juvenil, sonora, valiosa y creadora. Yo mismo estoy saturado por este misterioso movimiento hacia el universo —dice Goethe en el Canto de Mahomet y en Ganymedes- e intento introducirme en el sentimiento propio hasta la extinción en él. Especialmente en la época wertheriana sufre Goethe la atracción de lo "infinito del goce vital" y es cogido por lo divino en un fuerte sentimiento del Todo. En "Uno y todo" volvemos a leer:

Weltseele, komm uns zu durchdringen! Dann mit dem Weltgeist selbst zu ringen, Wird unserer Kräfte Hochberuf"

"Alma del mundo, penetradnos! Que es el unirse contigo De nuestra fuerza la meta"...

Poesía y verdad, III, 2.
 Obras completas, 16; 13, 44. Ed. Cotta Jubileum.

^{(3) 39; 114.}

Por cierto que no debemos, absorbidos en lo sensible, seguir las palabras de Fausto: "dónde captarte, naturaleza infinita", pero sí hallar en la misma tierra sensible el lugar en que se nos brinda una divina magnificencia, grandiosidad, belleza y espiritualidad; vivencia fundamental, que también fue propia de teólogos de los albores del cristianismo y medioevo, si bien de una manera más espiritual y teniendo en cuenta el límite entre el Creador y lo creado. Goethe se vincula al mismo Dante que se permite "cortejar a la naturaleza como nieta de Dios" (Inferno XI, 98). Por cierto que se trata de una imitatio Dei deficiens, una réplica deficiente del Creador, en cuya creación confía Goethe ver "más nítidamente los rasgos de la escritura de Dios".

Contemplemos ante todo más de cerca la concepción goethiana de la naturaleza, para encontrar de su mano el camino a lo eterno. Según Goethe sentimos la naturaleza como vital-pulsante y no mecanística, y a su manera buena y perfecta. Se nos enfrenta una arquitectura escalonada hacia un cuño espiritual cada vez más fuerte, hasta que descubrimos su fundamento ideal imperecedero en los, por así decir, fenómenos originales. Es aquí donde más nos aproximamos a lo divino, que irrumpe en instantes de gracia especial.

Lo propiamente divino en la naturaleza es la vida (orgánica). "Para que no se entumezca —la acción que obra sin descanso,— labora constante, eterna. (Damit sich's nicht zum Starren waffne, - wirkt ewiges, lebend'ges Tun)" (Uno v todo). ¿No es la vida acaso la realidad última del mundo? "Oué sería una síntesis más elevada que un ser viviente?" (4). Esta plenitud de vida se da como prototipo del espíritu. Ahí se anuncia preferentemente. Mas el espíritu en su más auténtico cuño, es siempre amor. "Pues la vida es amor, y el espíritu es vida de la vida. (Deenn das Leben ist die Liebe und des Lebens Leben Geist") (5). Tenemos así en el mundo una plenitud inabarcable de manifestaciones que se despliega, que está en movimiento ondulante, sometida a vibraciones infinitas, y que lleva en sí como raíz más auténtica amor y espíritu. Por eso "el que quiere lo más elevado, ha de querer el todo . . . El que habla de la naturaleza debe presuponer el espíritu o darlo por sobreentendido" (6). Recién entonces revivimos el estado de hechizo cautivador en que se encontraba Goethe al contemplar de tal manera la naturaleza. Es insondable misterio divino y es milagro, pero misterio que encierra en sí la transparencia del espíritu. Esta vida natural celebrada, inspirada por el espíritu, rica y plena, se manifiesta en el ritmo del ser mismo, en la necesaria polaridad de la inspiración y expiración del mundo, en el vaivén de las selvas, así como en el estremecimiento del paisaje (7).

"Nun glühen schon des Paradises Weiten In überbunter Pracht". "Ved cómo con fulgores policromos el paraíso resplandece ya". (Alma del mundo).

La naturaleza irradia así cualidades casi animicas. ¿No es ella acaso la "madre naturaleza", que cuida de su hijo y le da placer y amor? En este su hacer no es ciega fuerza telúrica original, sino fuerza espiritual plena de divinidad. Por eso, de "todas las cosas ha de irradiar el placer de la vida". En ella residen pureza y gracia sensibles, cuando no se desfigura la naturaleza. Podemos abandonarnos sentimentalmente en su seno y dejarla obrar y repercutir en puro y libre éxtasis en nuestra intimidad.

^{(4) 1, 241, 12; 251.}

^{(5) 5; 81.}

^{(6) 30; 403.}

^{(7) 40; 28.} (8) Goetz, 10; 10 y 4; 23

"Füllest wieder Busch und Tal Still mit Nebelglanz Loesest endlich auch einmal Meine Seele ganz". "De nuevo breñas y valle llenas de fúlgida niebla y también de pronto el alma del todo calmas y aquietas"...

(A la luna).

Nuestra alma vibra al unisono cuando Goethe inicia el canto de Mahomet:

"Seht den Felsenquell, Freudehell, Wie ein Sternenblick! Uber Wolken Noehrten seine Jugend Gute Geister Zwischen Klippen im Gebüsch.

Jünglingfrisch Tanzt er aus der Wolke Auf die Marmorfelsen nieder, Jauchzet wieder Nach dem Himmel". "Mirad la fuente que de la peña mana, clara y alegre, cual de un lucero fúlgida mirada. Por encima de las nubes, entre peñascos y breñales, cuidaron de su niñez buenos genios tutelares.

Con juvenil lozanía, de las nubes desprendióse y en el mármol de las peñas danzando, un punto posóse, para luego nuevamente tornar al cielo con raudo y triunfal vuelo esplendente".

Alegría con alma es un obsequio de la naturaleza y por lo tanto de Dios, que la hace fluir misteriosamente dentro de la vida. "La alegría es madre de todas las virtudes". Precisamente aquí reconocemos el mundo de sentimiento de Goethe, que rehusa todo endurecimiento y entenebrecimiento, a diferencia por ejemplo de Kant que contempla la naturaleza sólo desde fuera y coloca la naturaleza humana constantemente bajo la presión del imperativo categórico. La canción de la alegria de Goethe, la canción de su sentimiento inefable, fue ya cantada también por otros. "Hay -según Agustín- tres dominios en los que se manifiesta lo que está de acuerdo a la razón, y es en la acción, en el lenguaje y en los dominios de "Sin alegría somos inservibles", dice Walter von der Voglela alegría" (9). weide, y siente la dicha como una realidad espiritual. Sin embargo se queja al fin de su vida: "Dondequiera me dirija, no encuentro a nadie alegre". Así, la alegría ha sido muchas veces loada y se ha prevenido contra la tristeza. Goethe también quiere elevar su alegría a lo espiritual y agradece a su madre su "naturaleza alegre". Por cierto también sabe que la naturaleza no sólo es protectora, sino que es estar expuesto, pues no es en absoluto perfecta.

II

Sin embargo la naturaleza es buena. "Como quiera que sea, la vida es buena". Esta confesión de Goethe es lógica consecuencia de su espontánea afirmación de la vida, del "pre-sentimiento" con que se acerca a las cosas del mundo La creación es buena, repite casi con el Antiguo Testamento.

⁽⁹⁾ De Ordine, I, 35.

"Alles ist dem Gott greaten, Alles ist am Ende gut, Die unbegreiflich hohen Werke Sind herrlich wie am ersten Tag". "Todo le ha salido bien a Dios, todo es al fin bueno. Las incomprensiblemente elevadas obras son hermosas como en su primer día". (Prólogo en el cielo)

El caos ha sido vencido por la fuerza ordenadora del cosmos que es nutrida en continua renovación por la prístina bondad del ser divino. Así el mundo de los sentidos lleva en sí valor y finalidad propias, si bien las polaridades señaladas no ocultan el rasgo dualista (10). Pero en la polaridad se cumple también la elevación. En el mundo terrenal no puede ser de otra manera. Y Goethe opina: "Todo lo que llamamos malo y desgraciado, procede de que la naturaleza no puede dar cabida a todo lo que nace, menos aún puede darle duración" (11). Esto casi podría recordarnos la vieja doctrina que se retrotrae a Aristóteles, de que el mal tiene su causa no en el ser sino en la deficiencia, en la estéresis Según Gundolf, Goethe se aparta aquí del distanciamiento divino de lo natural. No lamenta la nulidad de la vida natural. Sin embargo llama la atención no haber advertido que de esta manera Goethe se vuelve a la vez hacia la visión de la naturaleza propiamente espiritual de la alta Edad Media. "El mundo entero es un magnífico espejo que denuncia bajo una luz múltiple la sabiduría divina". (Buenaventura). Es casi general el breve enunciado: omne ens est bonum, todo ser creado por la naturaleza es bueno, valioso y se articula a una jerarquización, digamos también, a un orden alegre de lo valioso hasta la más alta perfección. Encontramos repetido en Goethe precisamente este momento.

Hermanado a lo bueno está lo bello, captado inicialmente en forma naturalista, mas luego en forma clásica (12). Pertenece a las prístinas formas originarias de la vida, aún a los fenómenos originarios. "La belleza pertenece a las potencias, a las que no es dado aproximarse sin sentir que son de especie superior". La concordancia entre lo bueno y lo bello condiciona lo armónico y perfecto. Estas "formas interiores" aquí predominantes, han de captar el arte en su creación. El "unísono" que "armoniosamente suena a través de Todo" alegra aún al Creador (13). Goethe alaba la bondad de sus obras y la belleza de sus formas, que han sido depositadas en la naturaleza y en el mundo. Por eso la "síntesis: mundo y espíritu, nos proporciona la más bienaventurada certeza de la eterna armonía de la existencia". "Sentimiento sacro, —beldad infinita! (Heilig Gefühl — Unendliche Schoene!)" (Ganymedes) (14).

Esto nos evoca a Leibniz, cuya idea de perfección encontramos ampliamente emparentada con Goethe. La perfección es para él como grandeza, beldad y armonía, un concepto de la realidad. "Los conceptos de ser y perfección se identifican. Si seguimos este pensamiento tan lejos como sea posible, decimos que pensamos lo infinito" (15). Las cosas están por cierto limitadas, pero todas miran al infinito de la perfección (16). No son partes del infinito, pero "participan" más o menos de él. La naturaleza, "con mano potente", encauza ese impulso estructurador y "lo orienta suavemente hacia lo perfecto". "Pero el último producto de la naturaleza en constante superación" es el hombre bello. Por cierto que no puede

^{(10) 39, 6.}

^{(11) 39; 94.}

^{(12) 39, 8.} (13) 39; 70.

⁽¹⁴⁾ y. 35, 325, 33; 30.

^{(15) 39; 3.}

^{(16) 2, 247, 8.}

perdurar mucho en lo perfecto. Para ser exactos, "es sólo un instante en que el hombre bello es bello". De ahí, la máxima "perfección es norma del cielo; perfecto querer es norma del hombre" (17).

"Todo lo perfecto en su especie tiene que sobrepasar esa especie, tiene que devenir algo distinto, incomparable", nos dice Goethe (18). La planta tiende a ascender al animal. El ruiseñor con su gorjeo sobrepasa a su vez casi al animal. Todo sirve a una progresiva superación. De esta manera Dios se da a conocer ya in herbis et in lapidibus, en plantas y piedras. Goethe defiende la idea del continuo ordenamiento ascensional de todo lo entitativo hasta la forma de ser más elevada. Esta riqueza en la naturaleza, proviene de Dios, como presupuesto de su impulso que se eleva siempre más en grados sucesivos de perfección. Sin embargo, nuestro clásico no ha tomado esto de los antiguos como Agustín, al que no conocía bastante (19). Llega a su contemplación de la naturaleza porque la ha "observado detenidamente durante largos años" (20). Esto es tanto más significativo por cuanto la validez intemporal de tal visión cósmica sólo puede hallar confirmación.

Goethe distingue, como principales dominios de estas formas estructurales mutuamente superpuestas, piedras, plantas, animales, hombres, y agrega como potencias espirituales distintas los demonios. El hombre, como ya se ha dicho, es en sí la cima de la naturaleza, pero a su vez debe perfeccionarse en la más alta producción, en especial en las obras de arte. Es en sí una proyección hacia una plenitud mayor. Más allá de la persona humana habla Goethe sólo en general de "allá arriba" y del "elevarse".

Goethe conoce dos grandes resortes de la vida en la naturaleza: las polaridades y las tensiones, que condicionan el ascenso sucesivamente articulado, que ya se inserta en la materia en un "ascender siempre esforzado". De acuerdo a ello, el mundo es visto en comparativos y superlativos. Hoy un progreso, pero no en el sentido de un desenvolvimiento contradictorio en sí, sino de un ascenso de valores que conserva en sí el elemento constante.

Subordinante y subordinado, la senda hacia lo más elevado y el ascenso, permiten reconocer todo este cosmos como una arquitectura de grado, en la que se revela la "amplitud de la divinidad" Un orden gradual de lo perfecto se ofrece en la misma naturaleza como una escala espiritual (21). La verdad también participa de este ritmo. La ascensión es la de un espíritu cada vez más elevado. Este aserto es de significación decisiva para juzgar al Goethe "dinámico". Hay un camino pre-señalado al "empeñoso afán". Existen "principios formativos inmanentes" que están en la base de las "estructuras" (22). Y son de especie espiritual.

III

La naturaleza es, como hemos visto, preferentemente vida y alma, impregnada por la ley del espíritu. Obra engendrando dicha, y es buena. Por eso no la contradecimos, sino que penetramos en ella. Se abren grados de perfección determinados por la forma espiritual de lo suprasensible. Estos regulan la realidad vital como poderes internos.

^{34; 17.} Máximas y reflexiones, 34; 17.

⁽¹⁸⁾

^{(18) 2; 9. 21; 225.} (19) 39, 323 y 315. (20) Metamorfosis, 39; 260.

⁽²¹⁾ Botánica, 39; 260, 323.

⁽²²⁾ Zoologia 39; 125, 152.

"Das Sein is ewig; deen Gesetze Bewahren die lebend' gen Schäze Aus welchen sich das All geschmückt . . Vernunftosei ueberall zugegen Wo Leben sich des Lebens freut'.

(Vermaechtnis)

"El ser es inmortal, que leyes hay que celosas custodian los tesoros Vivos que al todo sirven de ornamento. Sé doquier razonable; Allí donde la vida en sí se alegra".

Dirigiendo y formando desde dentro, como hemos visto, los elementos eruptivos son conjurados por la naturaleza sin coacción externa. "Ella configura, regulándola, toda figura y aún en lo grande no es violencia (23). (Sie bildet regelnd jegliche Gestalt. Und selbst im Grossen ist es nicht Gewalt"). Estas leyes divinas incondicionales están exentas de toda mudanza, y reposan en los fundamentos como algo eterno.

"Und es ist das ewig Eine, Das sich vielfach offenbart; . . . Immer wechselnd, fest sich haltend". "Lo único y eterno se revela en modo vario; . . . Siempre cambiando de forma, nunca su esencia cambiando" (24).

Eterna presencia en el devenir, validez intemporal e incondicionalidad tras la variabilidad de las apariencias, esto fue lo que cautivó tanto a Goethe, como contrapeso para sus afectos oscilantes en la calma matemática, especialmente en los problemas éticos en Spinoza (25).

La ley se eleva a la esfera de lo humano y proporciona límites y también li-

bertad consolidante frente al desbande.

"Nach ewigen, ehernen, Grossen Gesetzen Müssen wir alle Unseres Daseins Kreise vollenden" "Según eterna, férreas, incontrastables leyes, todos, todos debemos, sin excepción alguna, de nuestras sendas vidas la órbita recorrer, fácil o abrupta" (26).

Protege contra la degeneración del instinto y contra la desmesura, "pues sólo la ley puede darnos libertad". Todo señala hacia una tal "misteriosa ley", si bien nada iguala al otro. Estas normas en el fondo de lo originariamente vital condicionan el "encanto del objeto . . . y del cuerpo", y aún el del espíritu vivo.

"Ewig natürlich bowegende Kraft Göttlich gesetzlich entbindet und schafft; Trennendes Leben, im Leben Verein, Oben die Geister und unten der Stein". "Allí de natura la fuerza creadora, según ley divina, sin cesar labora separa y reúne (tal es su trabajo) arriba las almas, las piedras abajo". (27).

Si la ley nos proporciona la regularidad incondicionada, la *idea* nos brinda el hontanar productivo que puede brotar del orden espiritual (28).

A qué se refiere en el fondo Goethe con la idea y su mutación estructural, se nos hace evidente en su doctrina de la planta originaria y del fenómeno origi-

⁽²³⁾ Fausto, II, 2.

⁽²⁴⁾ Parabasis, 2; 246.

⁽²⁵⁾ Poesia y Verdad, 3; 14, 4; 16.

⁽²⁶⁾ Lo divino, 2; 64.

^{(27) 3, 28.}

⁽²⁸⁾ Teoría de los colores, 40; 84.

nario. Junto con la teoría de los colores, era éste el punto candente de su vasto interés por la naturaleza. La metamorfosis de las plantas en un sentido genético, de ninguna manera darwiniana, permite reconocer siempre una idea configuradora interior (29). En el fundamento de todo cambio yace un tipo, un modelo de planta originaria. "Y la forma más extraordinaria conserva aún en secreto su arquetipo" (30). En el principio y en el fin la planta, por ejemplo, es sólo hoja. El "cuerpo originario idea" es la "forma esencial con que la naturaleza tan sólo juega, y jugando produce lo múltiple". Así en el fenómeno surge indubitablemente en Goethe una realidad espiritual más profundamente arraigada

Lo que se afirma de la planta originaria, puede extenderse a las revelaciones espirituales de la idea en lo visible, a los fenómenos originarios (31). Son ideas evidentes, manifiestas; por lo tanto, no son abstracciones como las ideas de Hegel. Es el "fenómeno fundamental dentro de lo múltiple" que sin embargo conserva siempre el arquetipo como una ley llena de misterio en medio de la riqueza de estructuras. También en dominios superiores espirituales-éticos, se presentan tales fenómenos originarios como lo vital originario, el amor, la luz y otros. En los "fenómenos originarios, tanto físicos como éticos, se manifiesta... la más alta razón" que "directamente" tiene contacto con la divinidad. Pueden llenarnos de asombro, y de su mano podemos ascender y descender por la escala gradual del orden natural Pero para nosotros, ellos mismos constituyen un límite. 'No ha de buscarse algo más detrás de ellos".

Goethe dice que la arquitectura escalonada de la naturaleza divina es llevada por el espíritu vivo. Adquiere formas cada vez más intensivas y se expresa en distintos grados de perfección. El todo nos transmite a la vez la vivencia de un mundo suprasensible, que intentamos captar en ley, idea y fenómenos originarios. Lo que no le pertenece se hunde en la transitoriedad. "¿Cuál es el sentido de los días huidizos?" "Dioses míos, ¿por qué es infinito todo, todo; finita nuestra dicha únicamente?" (33) Y para eso, es pagada con infinitos dolores.

Goethe tiene la fortaleza necesaria para emprender la búsqueda de lo supratemporal. El poeta de la impulsiva vida deviniente, busca una perduración ajena al cambio. Por ella todo lo "transitorio es nada más que símbolo". "Si en lo interminable fluye repitiéndose siempre lo mismo", algo eterno reposa sin embargo detrás (34).

Eternas son las ideas sin tiempo. ¿No es acaso la esencia siempre igual, liberada del tiempo, poseedora por lo tanto de quietud y perennidad? Nosotros mismos anhelamos la presencia eterna de la belleza, anhelamos detenernos gozosos en la loada tierra Arcadia (35). La intemporalidad no es nuestra modalidad del ser, sino privilegio divino.

"Und alles Draengen, alles Ringen Ist ewige Ruh in Gott dem Herrn". "Y todo impulso, toda lucha, Es eterna tranquilidad en Dios Nuestro Señor" (36).

^{39; 260.} (29)

Metamorfosis 2; 250. (30)

⁽³¹⁾

^{30; 369. 35, 303, 40; 78.} Teoria de los colores, op. cit., 175. (32)

⁽³³⁾ Pandora, 15; 159.

⁽³⁴⁾ Xenias paratas, 6.

⁽³⁵⁾ 2; 245.

⁽³⁶⁾ Xenias paratas.

El hombre se encuentra, advertimos nuevamente, en un mundo intermedio, contempla sólo el "reflejo", pero sabe del espíritu superior. En su propia variabilidad irrumpe la constancia de lo eterno. Es un hombre temporal e intemporal. Ambos mundos tienen su derecho a la realidad. A través de milenios se repite en constante sucesión la misma naturaleza bella y tiene algo de la amabilidad de la juventud esplendorosa. Es así que podemos hablar de una especie de eterna presencia en la naturaleza. Aquí es más claramente visible que Goethe da fundamental preponderancia a la idea eterna, a la ley, a lo verdadero, al Ser y no al devenir, y con ello al espíritu frente al impulso e instinto.

¿Pero qué es la eternidad? Hildebrandt se empeña en señalar que no es un allende eterno, sino que debe ser entendida como un aquende eterno.

Pero ya los términos allende y aquende nos resultan por su referencia espacial, del todo impropios. Si Goethe tan sólo quisiera decir que algo vuelve siempre de la misma o análoga manera, este "eterno" no merecería mayormente veneración, no despertaría ni tranquilidad ni bienaventuranza". El concepto en sí por cierto sólo negativo de la exención temporal señala un plano de más alto rango, del cual emerge la intención de Dios desde sus arcanos hacia la finitud. "Ante Dios todo ha de perdurar eternamente" (37). Evidentemente es la tierra de nuestro anhelo, la región de la antigua pureza, de la perfección y no de la decadencia.

Sin embargo el presente perfecto permite en algunos momentos una visión y una elevación desde la fugitiva temporalidad. En tales momentos de plenitud se concentra todo.

"Dan ist Vergangenheit bestaendig, Das Künftige voraus lebendig— Der Augenblick ist Ewigkeit". "Pues, constante, perdura lo pasado, de antemano el futuro vida alienta y el momento presente ya es eterno".

Wiegenlied.

Ya el período goethiano del "Sturm und Drang" quiso captar en uno sólo el tiempo fluyente dentro del *instante pleno*. Asimismo en Hölderlin y en Rilke podemos hablar de tales instantes irrepetibles, irremplazables, que pueden decidir de nuestro destino entero. ¿No puede acaso cada instante ser en sí meta y plenitud? Gundolf exagera cuando se refiere en Goethe a una tal instantaneidad vivida como si fuera la eternidad.

Interpretamos que Goethe entiende en tres formas la vivencia del instante. En primer lugar, es plenitud sensitiva, impulsiva, en su instante vertical, una jubilosa expansión de los sentidos en la vida cósmica, en su actualidad de cada vez (Ganymed, canto a Mahomet). Goethe clásico va más allá, en segundo término. Su consumidora nostalgia quiere ser liberada del fluir de las cosas. Sea que se intente una génesis cósmica en el instante, ésta sólo es valiosa si en ella son tangibles aquellas eternas potencias espirituales, a las que nos hemos referido, y "nos conceden luz por un breve lapso de tiempo". Así nos liberamos y podemos percatarnos en el instante intemporal bello del cosmos ordenado, para volver siempre a vivirlo. "Si actualizamos lo eterno de cada instante, no sufrimos del tiempo transitorio" (38). Sin esta conciencia, el instante es sólo algo provisorio, una autoaseveración que de inmediato desaparece. El instante significa más que el auto-gozo de la emotividad.

⁽³⁷⁾ Diván de Occ. y Or., 5; 42. 293.

⁽³⁸⁾ Lo divino, 2, 63. Diván, 5; 169 y 10;

"El instante es eternidad"; ¿pero es también "la" eternidad en Goethe? ¿No habría que entenderlo, en tercer lugar, como que todo puede adquirir su acento de lo eterno y esto en el instante de su máxima concentración, si logramos la verdadera perspectiva? "Se siente un instante, y éste es decisivo para la vida entera, y está en los arcanos del espíritu de Dios determinarlo" (39). ¡No es este acento una gracia de la esfera de Dios, de la que en sí no somos partícipes? Si bien limitados al instante, nos permite sentir algo de su esencia. Por cierto que debemos contentarnos aquí, limitarnos, señalarnos medida y meta. Espacio y tiempo no han de ser sobrepasados. Sólo entonces es posible, según Goethe, cosechar. En su madurez Goethe se convence cada vez más de que el balance de ganancias y pérdidas sólo puede cerrarse favorablemente por la senda de la renunciación, que es únicamente por esta senda por la que podemos arribar a la más alta formación. Solamente en instantes puede dársenos plenamente nuestra naturaleza divina en su afán hacia lo alto.